

Clío y Hades: Algunas reflexiones sobre la historia y la economía

Eduardo Sáenz Rovner ¹

Los departamentos de Economía están graduando una generación de idiots savants, brillantes en matemáticas esotéricas, pero inocentes de la vida económica...

Robert Kuttner
«*The Poverty of Economics*»²

La historia moderna de la teoría económica es un relato de evasiones de la realidad.

Thomas Balogh ³

Es demasiado fácil formular modelos sobre supuestos establecidos. Lo difícil es encontrar supuestos que sean relevantes a la realidad...

Los teóricos puros... prefieren una teoría tan pura que no esté contaminada con ningún contenido real.

Joan Robinson ⁴

Introducción

En un estudio realizado entre 212 estudiantes de Ph.D en programas en escuelas de economía en seis universidades norteamericanas (Chicago, Columbia, Harvard, MIT, Stanford y Yale), 68 % de los entrevistados manifestó que una formación en historia sería «muy importante» o «importante» en su entrenamiento como economistas, pero que el programa doctoral no les ofrecía esta

¹ Eduardo Sáenz Rovner es profesor del Departamento de Gestión Empresarial, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Colombia. Ha sido instructor en la Universidad de Harvard y profesor visitante en la Universidad de California en Los Angeles (UCLA). Economista, Magíster en economía e historia de Southern Illinois University; estudios de posgrado en economía en la London School of Economics and Political Science; Ph.D. y Magíster en historia de Brandeis University. Ha publicado varios libros y artículos en los temas de historia empresarial y económica, coyuntura económica e investigación en administración.

Una versión preliminar de este artículo fue presentada en el Seminario de Profesores de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Colombia en agosto

de 1995. El autor agradece los comentarios sobre este escrito formulados por los profesores Mauricio Avella Gómez y Bernardo Parra Restrepo. Como es usual, la responsabilidad por los contenidos e interpretaciones de este artículo corresponde enteramente al autor.

² Robert Kuttner, «The Poverty of Economics», *Atlantic Monthly*, febrero de 1985.

³ Thomas Balogh, *The Irrelevance of Conventional Economics*, Weidenfeld and Nicholson, Londres, 1982, p. 32.

⁴ Joan Robinson, *Economic Heresies. Some Old-Fashioned Questions in Economic Theory*, Basic Books, Nueva York, 1971, pp. 141-142.

faceta ni les dejaba tiempo disponible para realizarla por cuenta propia⁵. La frustración de los estudiantes al no recibir una formación más balanceada y sólida en ciencias sociales no se debe únicamente a su falta de tiempo para acometer estas tareas: ellos también son herederos de la formalización de la economía que ha obedecido no sólo a pretendidos criterios técnicos y científicos sino también a dictados de tipo ideológico⁶.

La American Economic Association nombró una comisión para estudiar el estado de los programas de posgrado en economía en los Estados Unidos. La comisión (*Commission on Graduate Economic Education, COGEE*) presentó su reporte en 1990. Notó con preocupación, por ejemplo, que entre 1970 y 1990 el número de egresados de los programas doctorales en los Estados Unidos se había mantenido en 800 por año⁷. La comisión recomendó entonces diversificar las ofertas de cursos y las metodologías, ya que consideró que los departamentos no estaban ofreciendo diversidad de aproximaciones a la economía⁸.

Uno de los miembros de la anterior comisión sugirió en otro trabajo que los programas de pregrado deberían enseñar más sobre instituciones económicas e historia económica y agregó: «Algo está

fallando seriamente cuando la enseñanza de los modelos reemplaza la enseñanza de las ideas económicas...»⁹ El escrito fue complementado por otros académicos que no sólo estaban de acuerdo en reafirmar la necesidad de ofrecer cursos sobre instituciones económicas e historia económica, sino que también recomendaban cursos sobre teorías diferentes a la neoclásica, como la institucional, la poskeynesiana y la marxista. Anotaban cómo ya existían programas de economía en los Estados Unidos que tenían en cuenta la diversidad (por ejemplo, las universidades de Massachusetts, California en Riverside y Utah, entre otras). Además describieron la reforma curricular del programa de Ph.D. en la Universidad de Massachusetts, donde los estudiantes además de tomar los cursos de macroeconomía, microeconomía, econometría y modelos matemáticos, también tenían que tomar historia económica, historia del pensamiento económico y economía política¹⁰. Terminaban con la siguiente pregunta: «¿Deben continuar nuestros cursos apuntando casi exclusivamente a convertir a los estudiantes de posgrado en técnicos, en ingenieros económicos en el sentido estrecho de la palabra, [además de convertirlos] en funcionarios con un aparato conceptual que meramente debe ser manejado, nunca cuestionado, debatido, y retado por [ideas] alternativas?»¹¹.

⁵ Entre estos estudiantes también había un importante interés por la ciencia política (54%) y por la sociología (45%). La encuesta se realizó en 1985. Véase David Colander, *Why Aren't Economists as Important as Garbagemen? Essays on the State of Economics*, M.E. Sharpe, Armonk, 1991, pp. 45-46, 61. A su vez, un grupo de historiadores económicos sostiene que los historiadores también pueden beneficiarse en su trabajo si tienen un conocimiento apropiado de los conceptos de la teoría económica; véase Thomas G. Rawski *et al.*, *Economics and the Historian*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles, 1996, *passim*.

Bruce J. Caldwell, quien ha sido editor del *Southern Economic Journal*, al señalar la importancia de una seria formación historiográfica en la preparación de los científicos sociales, incluidos los economistas, advierte, sin embargo, sobre el peligro que tienen las aproximaciones interdisciplinarias no rigurosas de caer en el diletantismo; véase Bruce J. Caldwell, *Beyond Positivism: Economic Methodology in the Twentieth Century*, George Allen & Unwin, Londres, 1982, p. 91.

⁶ La economía desarrolla su propia jerga académica donde muchos escriben sólo para sus propios colegas y retroalimentan así la ortodoxia. Esto se agudiza en el contexto del proceso del logro de la tenencia (*tenure*), periodo de prueba de seis años en las universidades norteamericanas. Al cabo de este periodo, los profesores *senior* del departamento deciden si su colega merece o no la renovación indefinida de su contrato.

Obviamente, las jergas académicas y las discusiones teóricas estrechas pueden darse en otras disciplinas; véase Russell Jacoby, *The Last Intellectuals: American Culture in the Age of Academe*, Basic Books, Nueva York, 1987, *passim*.

⁷ En el mismo periodo las facultades de administración, por ejemplo, habían pasado de producir 800 a 1.800 personas

con título de doctorado por año; véase David Colander, «Reform of Graduate Economics Education», en David Colander y Reuven Brenner, compiladores, *Educating Economists*, The University of Michigan Press, Ann Arbor, 1992, p. 228.

⁸ Colander, en Colander y Brenner, *Op. cit.*, p. 229.

⁹ David Colander, «Reform of Undergraduate Economics Education», en Colander y Brenner, *Op. cit.*, p. 237.

¹⁰ Fred Moseley y Richard D. Wolff, «Alternative Theories in the Teaching of Economics», en Colander y Brenner, *Op. cit.*, pp. 243, 246, 247.

La *New School of Social Research* de Nueva York ofrece dos líneas de formación en sus programas de Ph.D. y M.A. Una línea, que ellos llaman *Standard Economics*, refleja un típico programa de economía neoclásica. La otra orientación es el programa de economía política; este programa va más allá de los modelos y las abstracciones al incorporar un muy fuerte contenido de historia económica y social. Véase The New School for Social Research, *The Graduate Faculty Bulletin*, Nueva York, 1990, pp. 89-115.

¹¹ Moseley y Wolff, *Op. cit.*, p. 248.

También en Francia ha sido criticada la enseñanza de la economía donde esta última «se presenta como una ciencia separable de las otras ciencias humanas... Esta enseñanza se convierte así en un discurso estrechamente compartimentado, dogmático y adiestrante; por su desarrollo formal, una fascinación ilusoria; una seudociencia, apología del *statu quo* que oculta los conflictos y los transforma en 'problemas', que busca y encuentra, por disposición, las 'soluciones'». Véase Jacques Attali y Marc Guillaume, *L'anti-économique*, Presses Universitaires de France, Vendôme, 1975, p. 6.

Estos interrogantes sobre la formación de los estudiantes de Ph.D. en economía en las universidades norteamericanas nos llevan a reflexionar sobre varios temas que analizaremos en este escrito. Esos temas son la supuesta universalidad y la ahistoricidad de la teoría económica en sus desarrollos durante el siglo XIX, para pasar a la consolidación de la disciplina en los Estados Unidos. Comentaremos entonces desarrollos más recientes y los cuestionamientos a utilizar la historia para comprobar los supuestos existentes detrás de la economía neoclásica. Por último, veremos cómo el supuesto «fin de la historia» reproduce viejas ideologías políticas conservadoras y coincidiría con la ahistoricidad de la economía neoclásica

La economía: ¿una disciplina ahistórica?

Buena parte de las teorías económicas parecen reclamar universalidad en el tiempo y en el espacio. Así, no sólo la escuela historicista alemana sino también economistas en Gran Bretaña fueron críticos por lo que ellos consideraban la economía ahistórica en el siglo XIX y comienzos del siglo XX. El mismo John Stuart Mill criticó a David Ricardo argumentando que las «leyes de la distribución» eran necesariamente determinadas históricamente; W.J. Cunningham criticó a Alfred Marshall por interpretar el tema de la renta durante la dinastía Tudor en términos simplemente Ricardianos¹².

Los historicistas alemanes cuestionaron la economía clásica británica. Sus objeciones tenían componentes tanto intelectuales como políticos¹³. Muchos historicistas estaban influidos por el movimiento romántico, una reacción intelectual y política

contra la tradición liberal inglesa y francesa. Así, una de las variantes del romanticismo era supremamente reaccionaria y sus argumentos eran una respuesta no sólo a Smith y Ricardo sino también al mismo Marx¹⁴.

Para los historicistas alemanes el marco institucional y cultural de su nación era diferente al inglés; por tanto, según ellos, el desarrollo económico de Alemania no tenía por qué ser necesariamente igual al de Inglaterra. Además, para los historicistas el desarrollo económico no se daba de acuerdo con leyes universales. De allí que justificasen la intervención del gobierno en la protección activa de sus industrias nacientes en oposición a la fórmula planteada por los economistas clásicos. Varios historicistas se convirtieron en soporte de la unificación de Alemania y eventualmente en abiertos apologistas del Estado y la monarquía alemanes¹⁵.

Desde los años sesentas y setentas en el siglo XIX se dio en Europa otro tipo de rechazo a la economía clásica a través del marginalismo. La construcción de la teoría de Marx utilizando premisas clásicas, tales como la teoría del valor, era preocupante para muchos. La defensa del *statu quo* por parte de la escuela marginalista puede haber sido inconsciente en algunos casos (en otros, era abiertamente explícita), pero de todas maneras esta nueva elaboración teórica otorgó una justificación a los empresarios en defensa de sus metas y privilegios¹⁶.

El británico William Stanley Jevons fue uno de los pioneros en la formulación del concepto de la utilidad marginal donde la demanda por un producto, no su costo de producción, se convertiría en el factor predominante en su valor de intercambio. No sólo aplicó métodos matemáticos a su modelo, sino que también

¹² Véase Kenneth J. Arrow, «Economic History: A Necessary Though not Sufficient Condition for an Economist», *American Economic Review*, vol. 75, No. 2, mayo de 1985, p. 321.

Además de Alemania, la escuela historicista tuvo representantes importantes en otros países: en Francia François Simiand (1873-1935); en Gran Bretaña, J.K. Ingram (1823-1907), Arnold Toynbee (1852-1883), William Cunningham (1849-1919), profesor de historia económica en Cambridge, y William J. Ashley (1860-1927) quien ocupó la primera cátedra de historia económica en Harvard; véase Ben B. Seligman, *Main Currents in Modern Economics*, Quadrangle Books, Chicago, 1971, vol. 1, pp. 40-43. Sobre la escuela histórica en Gran Bretaña en particular, véase Graeme D. Snooks, *Economics without Time. A Science Blind to the Forces of Historical Change*, The University of Michigan Press, Ann Arbor, 1993, pp. 46-63.

¹³ Seligman, *Op. cit.*, vol. 1, p. 4.

¹⁴ Véase Witold Kula, *Problemas y métodos de la historia*

económica, Ediciones Península, Barcelona, 1974, pp. 19-20. Aunque tenemos que recordar que en el romanticismo (que influyó en otros campos como la literatura y las artes) había todo tipo de vertientes ideológicas; véase, por ejemplo, J.L. Talmon, *Romanticism and Revolt. Europe 1815-1848*, Harcourt, Brace & World, Nueva York, 1967.

Asimismo, a pesar de las corrientes de derecha entre los economistas historicistas alemanes, también se dieron historicistas progresistas especialmente en los Estados Unidos, como veremos más adelante.

¹⁵ Kula, *Op. cit.*, pp. 20-21; Seligman, *Op. cit.*, vol. 1, pp. 4-7. El argumento de las industrias nacientes en Friedrich List (1789-1846), ya había sido expresado por Alexander Hamilton como secretario del Tesoro de los Estados Unidos hacia finales del siglo XVIII para justificar una política proteccionista a favor de la incipiente industria norteamericana; véase su *Report on Manufactures* de 1791.

¹⁶ Véase Seligman, *Op. cit.*, vol. 2, pp. 257-258.

sostuvo que su teoría del valor era «neutral» y apartada de los tiempos históricos. Así, «los problemas del valor, la asignación de recursos, y la distribución podían exhibir atributos universales, aplicables a todo tipo de sociedades económicas»¹⁷.

Trabajando en forma independiente, tanto Jevons como el austríaco Carl Menger y el francés Léon Walras fueron pilares en la construcción de la escuela marginalista. Menger no sólo contribuyó en la elaboración del modelo marginalista, sino que también mantuvo fuertes polémicas con Gustav von Schmoller, uno de los líderes de la escuela histórica. Este último incluso aprovechó sus influencias para ejercer un veto contra lo que él llamaba los miembros de la escuela «abstracta» austríaca en las universidades alemanas¹⁸. De todas maneras, la aproximación atomística de Menger en el análisis de la economía, sus puntos de vista políticos bastante conservadores y sus modelos donde la evidencia empírica e histórica eran relegadas a un segundo plano, fueron determinantes en su influencia, no sólo entre sus contemporáneos y discípulos como Friedrich von Wieser y Eugen von Böhm-Bawerk, sino también entre sus seguidores en la tradición austríaca y portaestandartes del conservatismo económico en el siglo XX como Ludwig von Mises y Friedrich von Hayek¹⁹.

Por último, Walras, un moderado en sus ideas políticas, contribuyó de forma determinante a la formalización de la teoría económica a través de modelos matemáticos y rechazó enfáticamente el concepto

marxista del trabajo como fuente de valor, proponiendo que el valor se derivaba tanto de la utilidad como de la escasez²⁰.

Los economistas marginalistas creyeron desarrollar, no sólo una teoría económica, sino también una interpretación psicológica de las motivaciones humanas. Lo irónico era que mientras el campo de la psicología tomaba su forma empírica y su cuerpo teórico en las últimas décadas del siglo XIX, los marginalistas desarrollaban sus supuestos y su teoría en completo divorcio con los desarrollos de la psicología moderna²¹. De esta manera, el marginalismo se apartaba no sólo de la economía clásica, sino también de desarrollos en otras disciplinas como la historia misma y la psicología. La formalización de la economía (con sus supuestos ideológicos) la separaba aún más de otras formas de entender la sociedad.

En la siguiente sección veremos el contexto en que las discusiones económicas que se daban en Europa fueron trasladadas a los Estados Unidos, y la consolidación del pensamiento neoclásico en ese país, pensamiento que se convirtió en el paradigma dominante en Norteamérica.

Consolidación de la teoría neoclásica en los Estados Unidos

En las últimas décadas del siglo XIX hubo una serie de movimientos de protesta de los trabajadores, los granjeros y la clase media en contra de la

¹⁷ Seligman, *Op. cit.*, vol. 2, pp. 258-262.

¹⁸ A su vez los críticos de la economía neoclásica podían ser dejados de lado en los países donde el marginalismo se había convertido en ortodoxia. Por ejemplo, Hobson fue prácticamente vetado como profesor en la Universidad de Londres después de una intervención en su contra por parte de Francis Y. Edgeworth. Véanse John A. Hobson, *Confessions of an Economic Heretic*, George Allen & Unwin, Londres, 1938, p. 30; Robert L. Heilbroner, *The Wordly Philosophers. The lives, times and ideas of the great economic thinkers*, Touchstone, Nueva York, 1972, p. 188. Había maneras más sutiles de aislar el trabajo de quienes no se ajustaban a la ortodoxia. El mismo Keynes escribió en 1913 una reseña muy desfavorable sobre un libro de Hobson, e incluso rehusó durante un tiempo reseñar cualquier otro trabajo de dicho autor. Sin embargo, hay que reconocer que años más tarde, después de haber hecho a un lado su antigua ortodoxia, Keynes mantuvo correspondencia con Hobson, lo reconoció como uno de los precursores de las teorías del subconsumo y señaló que el trabajo que Hobson había publicado en compañía de A.F. Mummery en 1889 (*The Physiology of Industry*), «marca, en cierto sentido, una era en el pensamiento económico». Véanse Robert Skidelsky, *John Maynard Keynes. Hopes Betrayed, 1883-1920*, Penguin Books, Londres y Nueva York, 1994, p. 218, y John Maynard Keynes, *The Economist as Savior,*

1920-1937, Allen Lane, Nueva York, 1994, pp. 535, 545, 569; John M. Keynes, *The General Theory of Employment, Interest and Money*, Macmillan, Londres, 1970, pp. 364-371.

¹⁹ Seligman, *Op. cit.*, vol. 2, pp. 277-310, 328-361.

²⁰ Walras no fue profeta en su tierra, ya que sus contemporáneos en las universidades francesas fueron reacios a aplicar técnicas matemáticas a la teoría económica, hecho que le molestaba profundamente. Véase Seligman, *Op. cit.*, vol. 2, pp. 367-386.

²¹ Véase Gunnar Myrdal, «Implicit Values in Economics», en Daniel M. Hausman, compilador, *The Philosophy of Economics. An Anthology*, Cambridge University Press, Cambridge, 1984, p. 253.

El divorcio con la psicología no fue el único problema en el desarrollo del marginalismo. Así, para Immanuel Wallerstein un «terrible legado» de las ciencias sociales, tal como se desarrollaron en el siglo XIX, es el haber compartimentado la realidad social en tres áreas separadas: la económica (el mercado), la política (las decisiones del Estado), y la sociocultural (ideologías, cultura, factores «subjetivos» en contraste con supuestos factores «objetivos» como el mercado y el Estado). Véase Immanuel Wallerstein, *Unthinking Social Science. The Limits of Nineteenth-Century Paradigms*, Polity Press, Cambridge, 1991, p. 264.

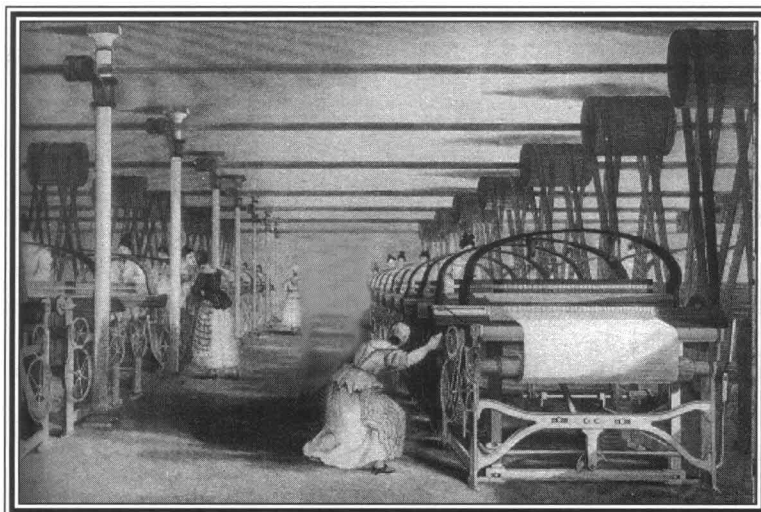
concentración del capital industrial y financiero en los Estados Unidos. Estos movimientos se tradujeron en la formación de la asociación radical de trabajadores, los *Knights of Labor* a mediados de los años ochentas y la coalición de intereses de obreros, granjeros y radicales de clase media en el Partido Populista en 1892. Los *Knights of Labor* tenían una visión de una sociedad organizada alrededor de las cooperativas de trabajadores, mientras que el Partido Populista propugnaba un programa de control del sistema de transportes y del sector financiero por parte del gobierno²².

Aún más, buena parte de los sindicalistas norteamericanos de la época, como la mayoría de sus contemporáneos, pensaban que el mercado laboral podía ofrecer únicamente un número máximo de empleos, dejando necesariamente desempleada a gran parte de la población. Este supuesto radicalizó aún más a los trabajadores quienes creían que la única manera de combatir el desempleo era a través de un cambio radical, remplazando el capitalismo con algún tipo de sistema cooperativo²³.

Para responder a estas amenazas, los empresarios implementaron varias estrategias: atacaron las organizaciones sindicales, organizaron sus propios

ejércitos privados, presionaron a los diferentes estamentos del gobierno para reprimir las huelgas y buscaron y movilizaron apoyo político²⁴.

En la misma época, jóvenes economistas norteamericanos (como miembros de otras disciplinas) hicieron sus estudios de posgrado en Alemania. Estos economistas, prácticamente todos de clase media, de origen protestante y herederos de una tradición igualitaria, combinaron la tradición historicista alemana y su crítica de la economía clásica con la herencia ideológica anti-monopólica de buena parte de la sociedad norteamericana. De ahí que ellos condenasen los excesos del capitalismo industrial en los Estados Unidos y fueran solidarios con las clases populares. Estos economistas fundaron la *American Economic Association*, AEA, en 1885. Esta asociación fue inicialmente una expresión de protesta contra el apoyo implícito de la teoría clásica al capitalismo industrial y al *laissez faire* en economía. De esta manera, los debates entre los economistas norteamericanos en los años ochentas y noventas no eran simplemente teóricos sino también políticos; trataban sobre temas como la regulación estatal y los derechos de propiedad *versus* los derechos de los trabajadores²⁵.



²² Dorothy Ross, *The Origins of American Social Science*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991, pp. 98-99. Véase también Richard L. McCormick, "Public Life in Industrial America, 1877-1917," en Eric Foner, compilador, *The New American History*, Temple University Press, Filadelfia, 1990, pp. 93-117.

²³ Alexander Keyssar, *Out of Work. The First Century of Unemployment in Massachusetts*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986, pp. 183-184.

²⁴ Véanse Ross, *Op. cit.*, p. 100; Patricia Cayo Sexton, *The War on Labor and the Left. Understanding America's Unique Conservatism*, Westview Press, Boulder, 1991, parte II; Stephen Brier, compilador, *Who Built America? Working People and the Nation's Economy, Politics, Culture and*

Society, Pantheon Books, Nueva York, 1992, vol. 2, pp. 125-144.

Los hombres de negocios y sus aliados también utilizaron el imperialismo como válvula de escape a las presiones sociales y políticas; véanse Walter LaFeber, *The New Empire: An Interpretation of American Expansion, 1860-1898*, Cornell University Press, Ithaca, 1963; Charles W. Bergquist, «Los orígenes sociales del imperialismo estadounidense», en *INNOVAR, revista de ciencias administrativas y sociales*, Universidad Nacional de Colombia, julio-diciembre de 1994, No. 4, pp. 78-91.

²⁵ Ross, *Op. cit.*, pp. 101-102, 104-105, 110, 113; John Kenneth Galbraith, *Historia de la economía*, Planeta, Bogotá, 1992, p. 172.

Irónicamente el proceso de profesionalización de los economistas norteamericanos terminó orientándolos a la derecha hacia finales del siglo XIX y comienzos del XX. El profesionalismo empezó a entenderse como «objetividad» y «neutralidad» en relación con las disputas entre capitalistas y obreros. De ahí que las simpatías de los fundadores de la AEA hacia los obreros y el socialismo empezaron a ser vistas por algunos como desviaciones antiprofesionales. Además, una generación de economistas más jóvenes, educados en las universidades norteamericanas y alejados de la influencia historicista empezaron a ocupar los cargos en las universidades más prestigiosas²⁶. Rápidamente, estos últimos terminaron dominando la asociación y cambiaron radicalmente su orientación²⁷.

Entre 1890 y 1910 la economía marginalista se volvió el paradigma dominante en los Estados Unidos. El marginalismo se presentaba como una atractiva herramienta de análisis matemático; pero también coincidía con los valores liberales de la élite norteamericana y el rápido desarrollo de la economía. El marginalismo se presentó a los economistas norteamericanos como el paradigma neoclásico después de la publicación de *Principles of Economics* de Alfred Marshall en 1890. La teoría clásica había presentado un panorama poco optimista para las clases subordinadas (en especial, en su variante neomalthusiana), y su teoría del valor se había convertido en una herramienta de ataque al capitalismo por parte de los pensadores radicales. De ahí que al haber revisado los marginalistas la teoría del valor con un nuevo modelo, donde tanto capitalistas como trabajadores supuestamente recibirían su justa retribución de acuerdo con su contribución a la creación de riqueza, el marginalismo ofrecía una alternativa al esquema basado en conflictos entre diferentes clases sociales. La racionalización del crecimiento industrial y del

punto de vista liberal eran así presentados elegantemente, no en los términos supuestamente moralistas y politizados de la generación de los historicistas que fundaron la AEA, sino legitimando el nuevo orden en términos «científicos». De esta forma, los economistas neoclásicos norteamericanos podían verse a sí mismos «no como los defensores de *statu quo*, sino como los analistas objetivos de las fortalezas y las imperfecciones del capitalismo, armando a sus lectores en contra del socialismo». Además, si los Estados Unidos estaban en un camino liberal de progreso económico, los marginalistas norteamericanos podían ignorar la historia ya que «podían contemplar una proyección ahistórica de categorías presentes que no requerían ninguna atención al cambio cualitativo»²⁸.

A pesar de que la teoría neoclásica se convirtió en el paradigma dominante en los Estados Unidos²⁹, esta dominación ha llevado a cuestionamientos de la enseñanza de la economía como los planteados en la introducción del presente artículo. Además, la cuestión de una teoría ahistórica ha preocupado a economistas contemporáneos, como veremos en la siguiente sección donde también se comentarán algunos puntos sobre la relación entre la historia y la economía.

La teoría económica contemporánea y la historia

El problema de una teoría económica ahistórica («*Timeless Economics*») ha preocupado también a algunos economistas contemporáneos, como anotamos antes. Para éstos, «la teoría económica efectivamente ha perdido el interés y el contacto con el mundo real». Así, esta aproximación teórica no diría mucho sobre procesos de cambio y las fuerzas presentes detrás de dichos cambios, trata de los resultados y

²⁶ Había excepciones: aunque John Bates Clark fue educado en Alemania, su trabajo no reflejó las ideas de la escuela historicista; véase Seligman, *Op. cit.*, vol. 2, p. 311.

²⁷ Ross, *Op. cit.*, p. 117.

²⁸ Ross, *Op. cit.*, pp. 173-186.

La aceptación del marginalismo tuvo también que ver con los contextos culturales nacionales. Mientras que en Alemania y en Francia hubo mayores resistencias a aceptar esta orientación, los economistas británicos y norteamericanos la asimilaron en mayor grado. Como anota Ross, «el marginalismo tuvo éxito en Inglaterra y en los Estados Unidos, no sólo porque encarnaba una teoría económica sofisticada sino porque cumplía con los niveles de sofisticación que operaban en esas culturas. El marginalismo puede entenderse como una extensión del proceso comenzado

por Ricardo, de abstracción y fetichización del mundo liberal capitalista basado en el modelo positivista de la ciencia. [El marginalismo] surgió como una reorientación de la economía política clásica y comprobó ser más atractivo en aquellas culturas profesionales en las cuales los supuestos positivistas y las premisas liberales de los economistas clásicos tenían el apoyo profesional y cultural más fuerte». Véase Ross, *Op. cit.*, p. 177.

²⁹ Sin embargo, hay que anotar que a pesar de la aceptación general de la economía neoclásica por los académicos norteamericanos, se mantuvo una línea independiente, sumamente crítica de la ahistoricidad y los supuestos psicológicos del marginalismo, agrupada como los institucionalistas y que incluye economistas que van desde Thorstein Veblen hasta John K. Galbraith; véase Seligman, *Op. cit.*, vol. 1, pp. 129-253.

no de los procesos, e ignora los «arreglos institucionales» al suponer que éstos son constantes³⁰. Economistas como Kenneth Arrow, John Kenneth Galbraith, Charles P. Kindleberger, Robert M. Solow, para nombrar unos pocos, han insistido en utilizar la historia económica para probar la evidencia empírica de las diferentes teorías, así como para entender el contexto cultural e institucional donde se desarrollaron dichas teorías³¹.

Según Douglass North, desde el periodo de posguerra ha habido tres estímulos para que los economistas se dedicasen al estudio de la historia económica. Primero, el interés de los economistas por los temas del crecimiento económico y el estudio del desarrollo en los países del Tercer Mundo. Segundo, la recolección de evidencia empírica para examinar las hipótesis de trabajo. Y tercero, la existencia de un mayor volumen de información cuantitativa sobre el pasado a disposición de los investigadores³².

Sin embargo, la utilización de la historia por parte de numerosos economistas ha tenido algunos problemas. Básicamente, estos problemas consisten en que ha habido quienes han querido usar la historia en una forma selectiva, forzando la «evidencia» de tal modo que les permitiera «comprobar» su teoría o, aún más, adelantar y justificar una determinada agenda política.

³⁰ Véase Snooks, *Op. cit.*, pp. 270-272.

No hay que confundir el *cambio* con las teorías del *crecimiento económico* basado en la acumulación de capital y el progreso técnico. En 1930 Simon Kuznets llamó la atención sobre la necesidad de volver al tema del crecimiento económico, teniendo en cuenta el trasfondo de los ciclos económicos, pero sólo con la revolución keynesiana se retomó este tema. Véanse Robinson, *Op. cit.*, pp. 109-140; Roy Harrod, «An Essay in Dynamic Theory», *Economic Journal*, marzo de 1939, y *Towards a Dynamic Economy*, Macmillan, Londres, 1949; Josep Fontana, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Editorial Crítica, Barcelona, 1982, p. 185.

³¹ Véanse Arrow, *Op. cit.*, pp. 322-323; Galbraith, *Op. cit.*, pp. 11-12; Charles P. Kindleberger, *Economic Laws and Economic History*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989; Robert M. Solow, «Economic History and Economics», *The American Economic Review*, vol. 75, No. 2, mayo de 1985, pp. 328-331.

³² Douglass C. North, «Historia Económica», *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, Aguilar, Bilbao, 1975, vol. 5, p. 441.

³³ Véase John Hicks, *A Theory of Economic History*, Oxford University Press, Oxford, 1969, pp. 7, 26-27.

³⁴ El *mercado* simplemente no «surgió» ni existía en un estado latente. Una crítica a esta aproximación ya había sido articulada por Karl Polanyi en su estudio clásico publicado inicialmente en 1944. Los mercados laboral y de tierras, tal

John Hicks, por ejemplo, ha intentado corroborar a través de su utilización de la historia los postulados de la teoría económica neoclásica convencional. Hicks estaría forzando un modelo partiendo de su forma de entender el surgimiento de la economía de mercado donde evita analizar la aparición del capitalismo como un nuevo modo de producción con una nueva organización del trabajo. Escribe Hicks: «Hay una transformación que antecede al surgimiento del capitalismo de Marx, la cual... parece ser mucho más fundamental: ésta es, el surgimiento del mercado, el surgimiento de la economía de intercambio». Su definición del mercado es tan elástica que aquel existe casi como parte de la naturaleza humana. Añade Hicks: «Cualquier reunión social (por ejemplo, un festival religioso) ofrece una oportunidad para comerciar; el comercio empieza como algo casual, pero se vuelve habitual». De ahí que en cualquier sociedad campesina, sus miembros estarían «ansiosos» por comerciar³³. De este modo, parece que todos estarían esperando *ansiosamente* la oportunidad para empezar a intercambiar productos³⁴. En este tipo de argumentación no sólo tenemos un anacronismo al tratar de aplicar libremente conceptos modernos a otras épocas, sino que Hicks trata de forzar la realidad histórica para que ésta encaje con su modelo. El modelo se convierte así en un «fetiche de investigación, transformando una investigación... en un intento para verificar el modelo»³⁵.

como los conocemos en el capitalismo, fueron creados en Inglaterra a expensas de la destrucción de sistemas en la organización del trabajo y de formas de tenencia de la tierra donde el «mercado» como tal no existía; véase Karl Polanyi, *The Great Transformation. The Political and Economic Origins of Our Time*, Beacon Press, Boston, 1971 [1944]. Sobre la resistencia de los grupos subordinados en Inglaterra en contra del mercado a finales del siglo XVIII, véase el trabajo clásico de E.P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Pantheon Books, Nueva York, 1964.

Es interesante tener en cuenta las sólidas críticas de la antropología sobre las concepciones de la economía neoclásica acerca del intercambio y los mercados; al respecto, véase Michael Merrill, «'El efectivo es bueno para comer': autosuficiencia e intercambio en los orígenes de los Estados Unidos de América»; en *INNOVAR, revista de ciencias administrativas y sociales*, Universidad Nacional de Colombia, No. 6, julio-diciembre de 1995, p. 138, nota 34.

³⁵ Carlo Cipolla, *Between Two Cultures. An Introduction to Economic History*, Norton, Nueva York, 1992, p. 69.

Incluso hay casos en que la historia se utiliza no sólo para corroborar un modelo, sino para adelantar una agenda con fines explícitamente políticos. Por ejemplo, Walt W. Rostow, basándose en la historia económica británica, presenta un modelo universal de crecimiento económico como una antítesis y una herramienta de lucha contra el marxismo; véase su *The Stages of Economic Growth: A Non-Communist Manifesto*, Cambridge University Press, Cambridge, 1960, *passim*.

La teoría neoclásica, al asumir un solo sistema económico y presentar principios de conducta humana supuestamente universales, tendría muchas dificultades (y así le ocurre a Hicks) para entender las diferencias entre una economía de subsistencia y otra comercial o de mercado. Tampoco explicaría satisfactoriamente la transición de un sistema a otro, ya que no puede percibir que los dos sistemas son cualitativamente diferentes, y que la gente no busca meramente comerciar y «maximizar su ingreso bajo diferentes limitaciones naturales y técnicas con las asignaciones alternativas de sus escasos recursos». Dados sus supuestos psicológicos, la teoría neoclásica tendría problemas para explicar las resistencias de diferentes grupos a la implantación de una econo-

mía de mercado; vería estas resistencias como «letargo, torpeza o terquedad»³⁶. No sólo es incapaz de explicar el cambio, sino que la teoría neoclásica tiene un objeto de estudio totalmente diferente a otras aproximaciones a la economía, tal como la economía política: mientras que esta última trata sobre las relaciones (y conflictos) entre diferentes clases y grupos sociales, teniendo en cuenta los cambios históricos y cualitativos, la primera se concentra en modelos de equilibrio en el contexto de múltiples decisiones en una sociedad de mercado atomizada³⁷.

En los años de la Guerra Fría se desarrolló en los Estados Unidos la llamada «historia del consenso» que rechazaba el estudio de los conflictos sociales y económicos y realizaba lo que supuestamente unía a los norteamericanos, matizando (incluso ignorando) las diferencias de clase, entre otras³⁸. Es en este clima que nace y se consolida la «nueva historia económica» conocida también como cliometría y que combina la economía neoclásica con la utilización de modelos econométricos.

A pesar de la aceptación de la cliometría entre algunos grupos de académicos y la contribución de los cliómetras en desarrollar series estadísticas, esta aproximación metodológica ha sido severamente cuestionada por muchos. Así, la cliometría al utilizar el bagaje de la economía neoclásica incurre en los mismos problemas de anacronismo y generalizaciones que ya hemos comentado, defiende de antemano un modelo y una



³⁶ Véase Merrill, *Op. cit.*, p. 134.

Por ejemplo, ha habido un debate muy interesante en los Estados Unidos sobre la transición a una sociedad de mercados en el periodo colonial y comienzos de la república. Al respecto anota el mismo Merrill: «La ineficiente asignación del trabajo -que criticaron los reformadores de mentalidad comercial [en Estados Unidos en el siglo XIX, en un periodo de rápida transición]- podría describirse legítimamente como un requisito para mantener la independencia, así como la avaricia de la sociedad de mercado podría fácilmente definirse como *espíritu comercial*. La controversia entre ellos no es sobre hechos; es sobre valores»; véase Merrill, *Op. cit.*, p. 134.

³⁷ Maurice Dobb, *Introduction to Economics*, Londres, 1932, p. 109, citado por Seligman, *Op. cit.*, vol. 2, p. 269.

No sobra recordar lo que escriben John A. James y Mark Thomas: «La historia nos enseña que el desarrollo no es un proceso determinista de respuesta y de maneras uniformes a las señales del mercado; las formas mediante las cuales las sociedades organizan sus recursos -políticos, sociales, legales y económicos- reflejan la cultura y plasman los

resultados»; véase John A. James y Mark Thomas, «Introduction», en John A. James y Mark Thomas, compiladores, *Capitalism in Context. Essays on Economic Development and Cultural Change in Honor of R.M. Hartwell*, The University of Chicago Press, Chicago, 1994, p. 11.

³⁸ Fontana, *Op. cit.*, p. 190.

Para construir el «consenso» durante la Guerra Fría hubo diversos tipos de presiones sobre los académicos y las universidades; véanse Paul M. Buhle y Edward Rice-Maximin, *William Appleman Williams. The Tragedy of Empire*, Routledge, Nueva York, 1995; Christopher Lasch, «The Cultural Cold War: A Short History of the Congress for Cultural Freedom», en Barton J. Bernstein, compilador, *Towards a New Past: Dissenting Essays in American History*, Vintage Books, Nueva York, 1969, pp. 322-359; Christopher J. Lucas, *American Higher Education. A History*, St. Martin's Press, Nueva York, 1994; Ellen W. Schrecker, *No Ivory Tower. McCarthyism and the Universities*, Oxford University Press, Oxford y Nueva York, 1986, y *The Age of McCarthyism. A Brief History with Documents*, Bedford Books of St. Martin's Press, Nueva York y Boston, 1994.

serie de tesis, proyectando al pasado los supuestos del modelo, simplifica al extremo la realidad histórica, ignora los aspectos institucionales, legales, sociales y políticos, y no nos ofrece una visión satisfactoria del cambio socioeconómico. Además, mientras que la historia estudia y analiza los hechos, la cliometría ha desarrollado una serie de preguntas «contrafactuales», basadas en supuestos y no en hechos (*¿qué hubiera ocurrido suponiendo que...?*) Por último, la Cliometría utiliza categorías que ignoran a las personas comunes y corrientes como constructores de su propia historia, lo cual riñe con los muy importantes desarrollos de la historia social de las últimas décadas³⁹.

Es así como Carlo Cipolla establece cuatro diferencias conceptuales básicas entre las dos disciplinas, la economía y la historia, y que tendrían que ser consideradas por aquellos que desde la economía quieren aproximarse a los estudios históricos:

1. Mientras que la economía se orienta hacia la formulación de políticas que van a afectar el futuro, los historiadores, obviamente, se preocupan por el pasado sin que necesariamente tengan en cuenta el futuro, aun menos, proclamen su habilidad para influirlo.
2. El economista «ansioso por identificar paradigmas... considera sólo aquellas variables que parecen presentar ciertas regularidades en sus relaciones recíprocas y que reflejan formas de conducta predecibles y racionales. Numerosas otras va-

riables sencillamente condenadas como 'exógenas', son desechadas o ignoradas». El historiador, al estudiar el funcionamiento de una economía en particular, no puede darse el lujo de considerar una serie de factores como «exógenos» y por tanto considera la mayor cantidad posible de variables y evidencia, tanto económicas como no económicas.

3. La teoría económica puede explicar problemas de corto plazo. Es en el largo plazo donde el cambio puede presentarse a cualquier nivel que la explicación de los problemas puede volverse inmanejable para el economista.
4. Para el economista, los individuos se comportan «racionalmente» y en formas predecibles. El historiador «no sólo se ocupa de un número mucho mayor de variables, sino también con elementos no mensurables, irracionales e impredecibles»⁴⁰.

Por último, Cipolla anota que algunos, sobre todo quienes están «infectados con el utilitarismo benthamita o con nociones estrechas actuales de [qué es] relevante», podrían preguntarse cuál es la «utilidad» de estudiar la historia. Para Cipolla, «la búsqueda del conocimiento es su misma justificación. Es trabajoso concebir una sociedad civilizada que no estuviese interesada en el estudio de sus propios orígenes [...] la historia no es solamente una rama del conocimiento; es también una forma de entender el mundo»⁴¹. Así, la historia, como las otras ciencias sociales, tendría como fin entender la sociedad y la

³⁹ Véanse Fontana, *Op. cit.*, pp. 195-196; David Hackett Fischer, *Historians' Fallacies. Toward a Logic of Historical Thought*, Harper Torchbook, Nueva York, 1970, p. 16; Cipolla, *Op. cit.*, pp. 59-70; Thompson, *Op. cit.*, pp. 12, 196-223.

Aunque hay que señalar que muchos economistas han indicado las serias limitaciones metodológicas de la aplicación de técnicas econométricas al estudio de la Historia. El mismo Rostow tiene sus reservas; véase su *History, Policy, and Economic Theory. Essays in Interaction*, Westview Press, Boulder, 1990, p. 37.

Sobre el tema también opinó Robert Solow. Me permito citar extensamente sus ideas al respecto:

"... Sospecho que el intento de construir la Economía como una ciencia dura y basada en axiomas está destinado a fracasar.

"Tan pronto como las series se vuelven suficientemente largas como para ofrecer alguna esperanza de dilucidar algunas hipótesis complejas, la posibilidad de que éstas permanezcan estacionarias desaparece... Bajo estas circunstancias, algo de inteligencia y empeño le pueden conseguir cualquier resultado que usted desee. Por eso creo que tan pocos econometristas jamás se han visto forzados por la información factual a abandonar una creencia firmemente sostenida. En verdad, se sabe que algunos de éstos escriben montones

de artículos empíricos sin sentirse jamás obligados a reportar un resultado que contradiga sus juicios previos.

"Mi impresión es que lo mejor y más brillante de la profesión está procediendo como si la economía fuera [el equivalente] a la física de la sociedad. [Así] habría un modelo del mundo universalmente válido. Sólo tiene que ser aplicado. Uno podría dejar caer a un economista contemporáneo desde una máquina del tiempo, o simplemente desde un helicóptero, en cualquier época, en cualquier lugar... y él comenzaría su trabajo sin siquiera molestarse por preguntar en qué tiempo y lugar [se encuentra]". Véase Solow, *Op. cit.*, pp. 328-330.

⁴⁰ Véase Cipolla, *Op. cit.*, pp. 8-11.

⁴¹ Cipolla, *Op. cit.*, p. 13.

La curiosidad, no la rentabilidad del proyecto ni una agenda predeterminada, es lo que debería motivar al investigador agudo en cualquier campo. En el caso de la teoría económica, este punto ha sido argumentado, entre otros, por Veblen y por economistas contemporáneos. Véanse, por ejemplo, Thorstein Veblen, *The Higher Learning in America: A Memorandum on the Conduct of Universities by Businessmen*, Sagamore Press, Nueva York, 1957; William Baumol «On My Attitudes: Sociopolitical and Methodological», Evsey D. Domar, «How I Tried to Become an Economist», y Charles P. Kindleberger, «My Working Philosophy», en Michael Szenberg, compilador, *Eminent Economists. Their Life Philosophies*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992.

conducta humana. Precisamente, creemos haber ilustrado las limitaciones de una variante de la teoría económica que, al pretender el estatus de una ciencia natural haciendo abstracción de los desarrollos en las ciencias sociales y humanas, puede tener serias limitaciones en su comprensión del funcionamiento de la sociedad misma.

No sobra recordar entonces la discusión planteada por Charles Bergquist sobre el carácter y el método de trabajo de la disciplina de la historia. Según Bergquist, el método histórico tiene tres postulados básicos: primero, el dominio exhaustivo de la historiografía del tema por investigar; segundo, la utilización y evaluación crítica de fuentes primarias; y tercero, el énfasis en la interrelación de todos los aspectos del cambio social⁴². Sin embargo, gran parte de la historia económica escrita desde la orilla de la economía no tiene en cuenta estos aspectos metodológicos básicos, produciendo entonces resultados de cuestionable calidad académica al utilizar en forma selectiva (generalmente sin explicación alguna) únicamente aquella literatura y aquellos datos que ratificarían de antemano un conjunto de hipótesis y que «comprobarían» la universalidad de un modelo.

¿El fin de la historia?

La historia puede tener otros fines diferentes a lograr un mejor entendimiento de la sociedad. Por ejemplo, los grupos dominantes (con el apoyo de los intelectuales orgánicos de turno) pueden interesarse en utilizar la memoria histórica con fines simplemente políticos. Bajo Stalin en la Unión Soviética se fabricó una historia oficial que justificaba la represión de los adversarios al régimen, mientras que en la China un buen número de historiadores se convirtieron en los propagandistas del partido. Como ya hemos señalado, en los Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial los textos de historia ignoraron los conflictos sociales en favor de una historia del consenso, el anticomunismo era parte del orden del día, y la expansión territorial y económica se mostraba como resultado de la «teoría» del *Manifest Destiny* y de la defensa del Hemisferio Occidental⁴³. En años recientes, con el apoyo de grupos empresariales, los gobiernos republicanos en los Estados Unidos han

tratado de reinterpretar la historia de su país, invocando mitos del pasado como «los valores» (antes supuestamente compartidos y hoy en día perdidos); también han atacado a los historiadores radicales y revisionistas, buscando regresar a la historia del consenso de la época de la Guerra Fría⁴⁴.

El retorno a la historia del consenso, lo mismo que a la ortodoxia económica y al conservatismo político, ha tomado fuerza en los últimos años con la profunda crisis del modelo soviético. Así, Francis Fukuyama argumentó en un conocido artículo en 1989, cuyas ideas amplió en un libro tres años más tarde, que existía un consenso alrededor de la legitimidad de la democracia liberal sobre otros tipos de gobierno. En consecuencia, la democracia liberal se constituía en «el punto final de la evolución ideológica de la humanidad», en «la forma final de gobierno», y por tanto marcaba «el fin de la historia». El «fin de la historia» se apoyaba también en la revitalización de los «principios» del mercado y en «una revolución en el pensamiento económico». Según Fukuyama, una serie de ideologías y teorías habían impedido que los seres humanos tuviesen la claridad y la visión para descubrir (o redescubrir) los principios y las leyes naturales que «predisponen a las sociedades humanas hacia el capitalismo en la medida en que los hombres puedan ver sus intereses económicos claramente». Afortunadamente, de acuerdo con Fukuyama, la humanidad al fin había sido capaz de correr este velo que le impedía percibir la luz al final del túnel⁴⁵.

Sin embargo, la «revolución» ideológica planteada por Fukuyama no es tan innovadora. Encontramos sus ideas en Seymour M. Lipset y Daniel Bell cuando proclamaron «el fin de la ideología» y «el fin de la historia» en ensayos escritos en los años cincuentas⁴⁶. Fukuyama retoma también, en cierta forma, la asepsia de la historia del consenso desarrollada durante la Guerra Fría en los Estados Unidos; por último, la supuesta «revolución en el pensamiento económico» no sería más que vino viejo en botellas nuevas. Sin embargo, la importancia del trabajo de Fukuyama radica en que recoge una tendencia intelectual cada vez más poderosa y comprehensiva en el mundo, que elimina arbitrariamente cualquier

⁴² Charles Bergquist, «In the Name of History: A Disciplinary Critique of Orlando Fals Borda's *Historia doble de la Costa*», *Latin American Research Review*, vol. XXV, No. 3, 1990, pp. 156-176.

⁴³ Harvey J. Kaye, «*Why do Ruling Classes Fear History?*» and *Other Questions*, St. Martin's Press, Nueva York, 1996, pp. 13-19.

Véanse también Peter Novick, *That Noble Dream. The «Objectivity Question» and the American Historical Profession*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988; Pauhl M. Buhle y Edward Rice-Maximin, *Op. cit.*; Howard Zinn, *The Politics of History*, University of Illinois Press, Urbana y Chicago, 1970.

⁴⁴ Kaye, *Op. cit.*, pp. 21, 131-134.

⁴⁵ Francis Fukuyama, «The End of History?», *The National Interest*, verano de 1989, pp. 3-18; *The End of History and the Last Man*, The Free Press, Nueva York, 1992.

⁴⁶ Estos ensayos fueron incluidos en dos libros publicados en 1960; véanse Daniel Bell, *The End of Ideology*, The Free Press, Glencoe, 1960; y Seymour M. Lipset, *Political Man. The Social Bases of Politics*, Doubleday, Nueva York, 1960.

Para otra aproximación a la genealogía de las ideas de Fukuyama, véase Perry Anderson, *Los fines de la historia*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1995, *passim*.

aproximación que no esté de acuerdo con ella y con las metas e ideología de quienes hoy en día detentan el poder económico⁴⁷.

Ellen Meiksins Wood señala cómo los defensores del supuesto «fin de la historia» retoman «el mercado» como una ley natural universal e inevitable, donde tanto el análisis del capitalismo como la historia se harían innecesarios. Mientras que en los años cincuentas, el «fin de la ideología» fue rechazado por los académicos independientes, hoy en día gran parte de la antigua intelectualidad de izquierda parece haber aceptado estas premisas y se ha concentrado en discursos alternativos y de moda en el marco del posmodernismo como los estudios culturales y los análisis de identidad. Este fenómeno de no analizar las premisas de un sistema en particular no es nuevo y coincidiría con la economía neoclásica, la cual toma por garantizada y universal en el tiempo y el espacio, la lógica de la economía de mercado. Así, sólo habría un paso para ignorar tanto la historia como la especificidad del capitalismo y quedarnos con un conjunto de «leyes universales». Tanto la economía neoclásica como los escritos políticos y los estudios culturales de moda nos harían encontrar «el capitalismo en todos sus predecesores históricos [y] asumir su preexistencia para poder explicar su surgimiento»⁴⁸.

Proclamar el fin de la historia y el fin de las ideologías simplemente confirmaría una antigua tendencia que encajaría perfectamente con la vieja ortodoxia económica, su percepción ahistórica y su

defensa incondicional del poder de unos intereses muy particulares.

A manera de epílogo

Hemos presentado un análisis que se limita a desarrollos académicos y políticos en Occidente. Sin embargo, esperamos que la problemática comentada en este trabajo sea de interés en la reflexión sobre la docencia, la investigación en economía y su relación con otras disciplinas, en particular la historia en Colombia.

En los años setentas, por ejemplo, tuvo lugar una fuerte controversia entre historiadores y economistas en el país con motivo de la publicación de un trabajo sobre Colombia hecho por un académico de los Estados Unidos que utilizó los supuestos y las técnicas de la nueva historia económica norteamericana.⁴⁹ Controversias como esa podrían extenderse a la producción de los académicos colombianos sobre la historia económica en las últimas dos décadas. Sería muy interesante examinar si al aproximarse al estudio de la historia, algunos economistas podrían haber incurrido en anacronismos al aplicar conceptos modernos al estudio del pasado⁵⁰. También sería de interés examinar si estas aproximaciones se destinan básicamente a «comprobar» de antemano los supuestos del modelo o, aún más (teniendo en cuenta el acercamiento a los centros de poder por parte de los académicos), para justificar la implementación de una agenda política o de una serie de medidas económicas dadas⁵¹. Queda entonces abierta la invitación a este debate académico. ○

⁴⁷ El nuevo «consenso» alrededor de la «revolución» en el pensamiento económico se traduciría en la América Latina en una nueva ola de autoritarismo político e ideológico. El mundo académico no es ajeno al restablecimiento de la vieja ortodoxia en empaque nuevo; véanse, por ejemplo, René Villarreal, *La contrarrevolución monetarista. Teoría, política económica e ideología del neoliberalismo*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 1986; James H. Street, «The Reality of Power and the Poverty of Economic Doctrine», en James L. Dietz y James H. Street, compiladores, *Latin America's Economic Development. Institutional and Structural Perspectives*, Lynne Rienner Publishers, Boulder, 1987; Jorge Larraín, *Theories of Development*, Polity Press, Cambridge, 1989; James Petras y Fernando Ignacio Leiva, *Democracy and Poverty in Chile. The Limits to Electoral Politics*, Westview Press, Boulder, 1994; Joseph Collins y John Lear, *Chile's Free Market Miracle: A Second Look*, The Institute for Food and Development Policy, Oakland, 1995.

⁴⁸ Véase Ellen Meiksins Wood, *Democracy Against Capitalism. Renewing Historical Materialism*, Cambridge University Press, Cambridge, 1995, pp. 1-6, 13-14.

⁴⁹ Véase William P. McGreevey, *Historia económica de Colombia, 1845-1930*, Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 1975. El debate sobre el trabajo de McGreevey quedó recogido en Instituto de Estudios Colombianos, compilador, *Historia Económica de Colombia. Un debate en marcha*, Biblioteca Banco Popular, Bogotá, 1979.

⁵⁰ Al respecto véanse, por ejemplo, los análisis en Germán Colmenares, «La formación de la economía colonial (1500-1740)», en José Antonio Ocampo, compilador, *Historia económica de Colombia, Siglo XXI*, Bogotá, 1987; y en Michael F. Jiménez, «Traveling Far in Grandfather's Car: The Life Cycle of Central Colombian Coffee Estates. The Case of Viotá, Cundinamarca (1900-1930)», *Hispanic American Historical Review*, vol. 69, No. 2, mayo de 1989.

⁵¹ La agenda política de muchos en el pasado correspondía a alguna de las variantes del marxismo y ésto influía sobre sus aproximaciones a la historia. Hoy en día, como resultado del desencanto de sus esperanzas juveniles y del acercamiento a los centros del poder, los marxistas de antaño descubren la ortodoxia económica. De esta forma, sus escritos, incluidos aquellos sobre historia económica, pueden reflejar los supuestos y las metas de la nueva derecha.

En cuanto a la problemática del acercamiento entre el poder y el mundo académico en Colombia, la hemos comentado en dos escritos anteriores; véanse Eduardo Sáenz Rovner, «A propósito de la historiografía sobre Mariano Ospina Pérez (1891-1976)», *Historia Crítica*, Universidad de los Andes, No. 6, enero-junio de 1992, pp. 109-112, e «Ideologías empresariales y la investigación en las facultades de administración en Colombia. Respuesta al reporte de la Misión de Ciencia y Tecnología», *INNOVAR, revista de ciencias administrativas y sociales*, Universidad Nacional de Colombia, No. 5, enero-junio de 1995, pp. 8-30.